



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



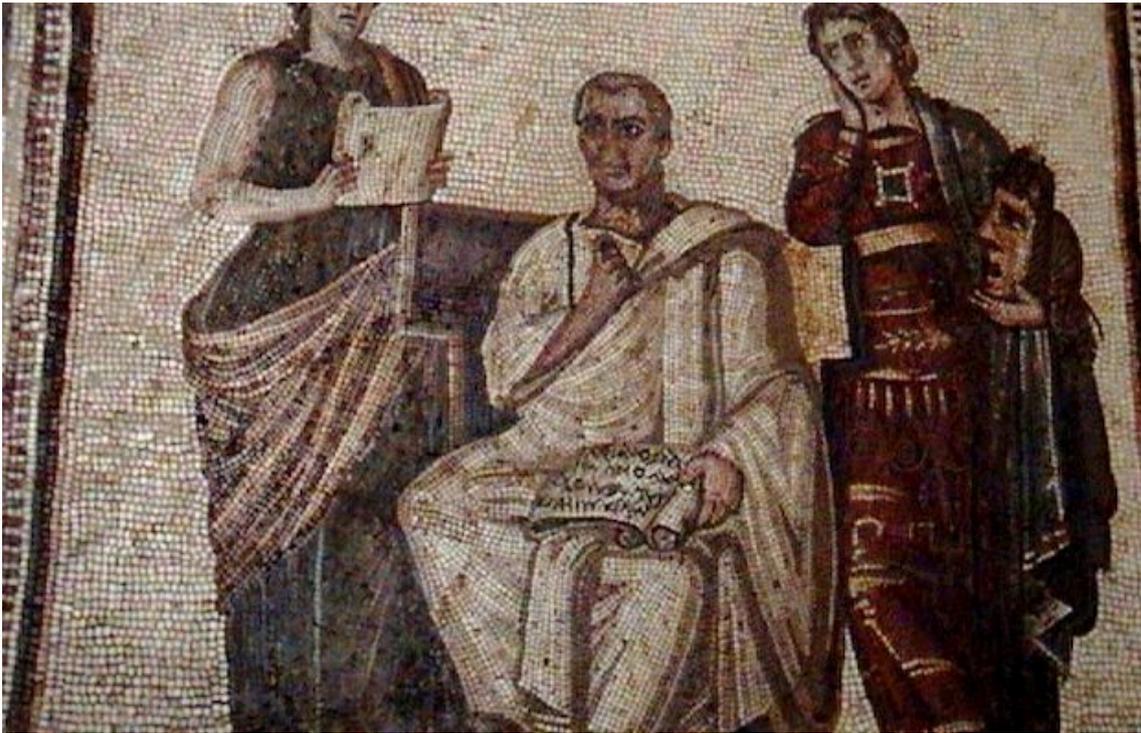
DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

biografía. Del griego βίος `vida´ y γράφω `escribir´: escrito de/sobre una vida (ing: *biography*; fr: *biographie*; it.: *biografia*; al: *Biografie*, port.: *biografia*).

Relato no ficcional, ajeno y retrospectivo, usualmente en tercera persona, en prosa y en orden cronológico, que tematiza la trayectoria vital de una determinada personalidad con propósito esclarecedor, divulgativo, estético o ejemplificador.

Desde esta perspectiva, aparecerían como elementos configuradores permanentes de la biografía: en la dimensión ontológica, su naturaleza no ficcional, primordialmente referencial; en la relación del sujeto de la enunciación y del enunciado, su obligada desidentificación y alteridad (autor y narrador \neq personaje); en la perspectiva del tiempo del relato respecto a lo contado, su retrospección; en el tema, no solo su planteamiento nodal de que la referencia extratextual es la vida de una persona conocida sino el establecimiento de una relación de similitud representativa —de *représentance* en términos de Paul Ricoeur (cfr. Dosse, 2007: 95)—, entre el “sujeto biográfico” textual y la persona física extratextual; finalmente y en el propósito, su pretensión científica o de estudio, pedagógica o moral. Serían rasgos tipológicos muy frecuentes, pero no siempre permanentes, la presencia de un narrador heterodiegético en tercera persona, la linealidad temporal y el orden cronológico general del relato y el empleo de la prosa.

En sus estudios sobre la autobiografía, Philip Lejeune la caracteriza, entre otras vinculaciones, por sus similitudes y diferencias con respecto a la biografía (Lejeune, 1975: 13-46). Ambas son textos referenciales, por pretender informar sobre la realidad externa y poseer su ilusión de veracidad, al igual pues que los textos históricos y científicos (p. 36). No obstante, ambas se diferencian fundamentalmente porque, entre las cuatro instancias del autor, narrador, personaje y modelo real, la relación esencial es de supuesta *identidad* en la autobiografía —confusión del autor y del modelo— y en cambio en la biografía lo es de *semejanza* —similitud de personaje y modelo— (p. 38); de este modo y en su reducción a dos fórmulas textuales, mientras en la *autobiografía* el Narrador es al Personaje lo que el Autor es al Modelo, en la *biografía* el Autor es o no es el Narrador, y el Personaje se asemeja al Modelo (p. 40). Además y con

respecto a la persona narrativa —yo/tú/él—, paralela pero inversamente a la autobiografía, pueden existir la biografía en primera persona como un relato de testimonio —homodiegético—, la biografía dirigida al propio modelo en segunda persona y la biografía clásica y común —heterodiegética— en tercera (p. 18).

Cabría sistematizar estas relaciones y diferencias planteadas por Lejeune en el siguiente cuadro,

SUJ. ENUNCIACIÓN vs. SUJ. ENUNCIADO MODELO REAL vs. PERSONAJE

AUTOBIOGRAFÍA identidad [=] identidad [=] (autodiegesis)

BIOGRAFÍA alteridad [\neq] semejanza [\sim] (heterodiegesis/homodiegesis)

que, en lo tocante exclusivamente al texto biográfico, podría resumirse diciendo que: a) la relación entre personaje textual y persona extratextual —modelo— es fundamentalmente de semejanza; b) la relación entre sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado —biógrafo/biografiado, narrador/protagonista— es de alteridad c) tal narrador puede mostrarse bien como un relator heterodiegético bien como un relator homodiegético pero siempre ajeno al personaje (no autodiegético). En el mismo sentido escribe Romera Castillo (1996: 79) que “en la escritura biográfica, el sujeto de la historia recibe la mirada del otro. Acontecimientos, experiencias, sentimientos, sensaciones, etc., del protagonista del texto, son descritos, analizados e interpretados por un sujeto distinto del *actante* ejecutor de una trayectoria vital”.

Y Caballé (2005: 53-54) añade otras dos diferencias entre biografía y autobiografía, si bien de tipo metodológico y desde una perspectiva de las ciencias sociales, a las enumeradas por Lejeune: el acopio de material y la pretensión de objetividad del biógrafo frente a la “selección intencional de actuaciones” de la autobiografía; el control absoluto del texto por el autor de esta última frente a la no imposición de restricciones al objeto de estudio —la vida del biografiado— por el biógrafo.

Citando la obra de Ricoeur *Soi-même comme un autre*, Dosse incide en esa dialéctica del yo y del otro como elementos coactuantes en la biografía: “Si tomamos en serio la bella demostración de Ricoeur según la cual el sí

mismo (*Ipse*) se construye no en una repetición del mismo (*Ídem*) sino en la relación con el otro, la escritura biográfica está muy cerca de ese movimiento hacia el otro y de la alteración del yo hacia la construcción de un sí mismo convertido en otro” (Ricoeur, 1990; Dosse, 2007: 14). Y es que, ciertamente, entre ambos, biógrafo y biografiado, se impone una relación especial, oscilante y de necesario y variado ajuste, entre omnisciencia y ajenidad, entre cercanía y lejanía, entre distancia y empatía; como indica Daniel Madelénat todo el relato biográfico se desarrolla permanentemente entre dos actitudes opuestas: “Ocultación, sumisión, referencia, camaleónicas metamorfosis según los documentos empleados y las etapas de la vida contadas, pasos de la elegía a la oda, del impresionismo al expresionismo; o sofisticación, hiperreacción ante el servilismo funcional” (Madelénat, 1984: 151-152).

Pierre Bourdieu, en cambio, ha ido más lejos y ha puesto en duda en “L’illusion biographique” la pertinencia del género, discutiendo no solo el centro temático de que una vida pueda ser una historia sino la propia idea del sujeto individual y autónomo, sustraído a su total historicidad e interconexión social: “Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otra relación que la asociación a un `sujeto´ cuya constancia no puede ser otra que la de un nombre propio, es casi tan absurdo como intentar dar razón de un trayecto en metro sin tomar en consideración la estructura de la red, es decir la matriz de relaciones objetivas entre las diferentes estaciones. Los acontecimientos biográficos se definen como una serie de *emplazamientos* y de *desplazamientos* en el espacio social...” (Bourdieu, 1994: 88; *cfr.* Dosse, 2007: 208-209).

Pero, tipológicamente y con Lejeune, la peculiaridad fundante de la naturaleza del género se encuentra en esa doble conexión de aquella instancia que, más que un “personaje protagonista” —sobre todo cuanto más nos alejemos de lo narrativo y nos acerquemos a lo ensayístico—, sería mejor denominar “sujeto biográfico”: de un lado, temático y semántico, el vínculo de similitud del mismo con su modelo personal real; de otro, enunciativo y actancial, la relación de obligada ajenidad de aquel con respecto al autor y el narrador —frente a la autobiografía—, se planteen estos dos últimos como personas idénticas o no. Pero ambas cuestiones requieren de una matización.

La primera, recogiendo la distinción de Magné (1989: 163) entre “lo vivido” y lo “biográfico”, entre los hechos y dichos que constituyen la vida

de un individuo y lo *vivido* según es contado por un relato autobiográfico, porque toda textualización referencial implica un proceso de transdiscursivización en el que se dan determinadas operaciones que transforman la realidad externa en otra semiótica y distinta: la biografía sería así “la simulación en palabras de una vida” (Kendall, 1965: 147). La segunda, porque la ajenidad y distancia, a diferencia de la autobiografía, entre sujeto de la enunciación y del enunciado no supone en absoluto ningún principio de objetividad ni neutralidad absoluta, por mucho que así se pretenda e incluso se instituya en la convención de lectura de un posible pacto narrativo, en este caso biográfico, autor-lector (Dosse, 2007: 95). Efectivamente, incluso en los estudios biográficos más rigurosos y pretendidamente científicos, la percepción y relato de la vida de una persona por parte de cualquier autor-investigador está vinculada no solo a su modelo teórico, enfoque, pretensión y planteamiento sino asimismo a determinadas mediaciones externas que, al menos y siguiendo a J.C. Davis (2005: 35-47), se organizan en cuatro órdenes de cuestiones: documentales, sociales y políticas, de la persona o el yo en la biografía y culturales. Cabría decir pues, tras ambas breves consideraciones, que el antedicho “sujeto biográfico” sería la figura textual central resultante en una biografía de las transformaciones provocadas por las operaciones tanto textuales como extratextuales sobre el modelo de una determinada persona física.

Desde una perspectiva cronológica, la biografía aparece en el siglo V antes de Cristo, al mismo tiempo que la Historia pero como un género autónomo y distinto, vinculado al sentido de su origen etimológico, “bios”, a la vez “vida” y “modo de vida”, esto es, no solo vida en su planteamiento biológico sino, también y fundamentalmente, social, lo que explica la dimensión de *tipo*, el carácter de paradigma y modelo social, del personaje en estas primeras obras. Según Momigliano, ya desde su fundación y en todo el mundo antiguo, la biografía se distingue claramente de la historia y nunca fue considerada como tal (*cfr.* Dosse, 2007: 123; Valcárcel, 2009: 27), si bien Valcárcel duda de esta separación aludiendo a los propios testimonios en retóricas y prólogos del mundo antiguo sobre el relato biográfico y mostrando por ejemplo cómo Polibio opone no tanto historia y biografía como aquella al encomio y cómo Cicerón en su *De oratore* acepta la biografía como ingrediente natural de la historia (Valcárcel, 2009: 28-29).

biografía

No obstante, el tradicional cultivo historiográfico de los retratos y semblanzas, de la historia prosopográfica, el uso de la biografía en los recientes estudios sociales, antropológicos o de historia de las mentalidades, etc. permiten establecer vínculos entre biografía e historia. De hecho, J.C. Davis reivindica epistemológicamente la adscripción de aquella a esta: “No obstante, si la historia es el empeño por representar cambios a través del tiempo en asociación con el escrutinio de los artefactos residuales del pasado en toda su variedad, entonces los historiadores podrían reivindicar que la biografía está firmemente fijada en su especialidad, en sus propios problemas. La descripción no-ficticia de una vida basada en los registros de esa vida (oral, escrita, visual, mnemónica) es esencial e ineludiblemente un ejercicio historiográfico...” (Davis, 2005: 32). Al otro lado de la cuerda, se encuentran los no pocos defensores del estatuto casi literario, novelesco, de la misma, empezando por el propio Barthes, que ya escribió en 1971 en *Tel Quel* (cfr. Dosse, 2007: 307) que “toda biografía es una novela que no osa decir su nombre”.

Dosse (2007: 13 y 55) incide en cambio en el carácter híbrido del género biográfico y su dificultad de clasificación en una disciplina, sometido a las permanentes atracciones de los polos de lo histórico y lo ficticio: “género híbrido, la biografía se sitúa en la tensión constante entre la voluntad de reproducir según las reglas de la *mimesis* el pasado real vivido, por un lado, y por otro, el polo imaginativo del biógrafo que debe recrear, según su intuición y sus capacidades creativas, un universo perdido” (Dosse, 2007: 55). También Hamilton incide en el aspecto creativo e interpretativo de la biografía al definirla en su historia de la misma como “una producción creativa y no ficcional dedicada a dejar constancia e interpretar vidas reales” (Hamilton, 2007: 1). Y asimismo Ricoeur, a quien biografíó el propio Dosse —*Paul Ricoeur, les sens d'une vie*—, señala en *Soi-même comme un autre* esta tensión entre el modelo real, imposible de reproducir, y la presencia de la ficción, inevitable para el biógrafo: la biografía sería así “una mezcla inestable entre fabulación y experiencia viva” (Ricoeur, 1990: 191).

El mismo Hamilton (2008: 64) ha querido resumir en otro trabajo las diferencias objetuales y de método existentes entre la investigación biográfica y la del novelista y la del historiador. En el primer caso, el novelista investiga y procura una información detallada para relatar una

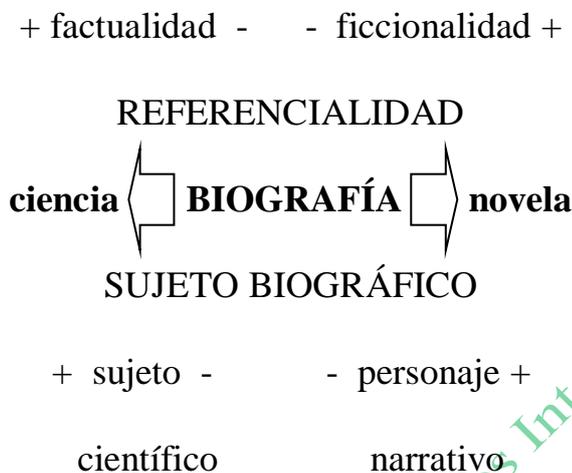
historia con semejanza de veracidad, verosimilitud, mientras que el biógrafo pretende conseguir una verdad verificable; en el segundo caso y pese a la coincidencia metodológica en la investigación del biógrafo y el historiador, mientras este subordina la gente y la persona a su propósito general de qué, cómo y cuándo sucedieron los hechos generales, aquel procede inversamente otorgando papel de escenario al contexto histórico-social y protagonismo al individuo.

Asimismo, en cierto modo replanteando esa misma atracción dual de la ciencia/historia y la ficción/literatura, frecuentemente se ha incidido en la existencia de una doble modalidad del género biográfico: la tendencia hacia el ensayo científico o interpretativo y la orientación hacia la narrativa (Madelénat, 1984: 145), fundamentalmente por la presión literaria de la novela de una parte y de ciencias como la antropología, biología, sociología, psicología científica o psicoanálisis de otra (Caballé, 2009: 24), pero asimismo por la acentuación o minoración de aspectos ficcionales y creativos, como sostiene Garrido Gallardo al indicar que “la mayor o menor presencia de rasgos fabulados o novelescos determina que una biografía pueda ser considerada perteneciente al género literario o al discurso historiográfico” (Garrido, 1984: 312). Así, por ejemplo, Frank destaca la existencia de dos grandes modalidades biográficas: la *analítica*, que es de tipo ensayístico, interpretativa y no necesariamente factualista, y la *narrativa*, que emplea discursivamente estrategias narrativas para tematizar menos rigurosamente la historia de la vida de una persona destacada o conocida (Frank, 1980: 505-507); podrían considerarse respectivos ejemplos de ambas *Antonio Pérez* de Marañón o *Velázquez* de Ortega y Gasset de una parte, y la biografía novelesca del escritor austriaco Stephen Zweig sobre Balzac o las de Gómez de la Serna sobre Quevedo o Valle-Inclán de otra.

Cabría considerar pues que la biografía, marcada por su dimensión no ficcional en su esencia y el sujeto biográfico en su tema, se sitúa en el centro de una estructura de doble imanación bipolar en la que, según tienda más en cada uno de esos aspectos, ontológico y temático, bien hacia la factualidad o hacia la ficcionalidad, bien hacia el sujeto como objeto científico o hacia el personaje narrativo protagonista de la trama, se aproxima respectivamente más a la ciencia o a la novela (biografías

biografía

analítica y narrativa, según Frank). Podría sistematizarse esta situación en el siguiente esquema:



Así pues, en su vertiente más objetiva y factual y según su tema y orientación, la biografía guarda especial relación con diferentes ciencias como la historia, la antropología, la filología, la sociología o el psicoanálisis [véase el párrafo dedicado a la biografía en la segunda mitad del siglo XX] y, muy particularmente y sobre todo en ciertas épocas de su evolución, con modalidades historiográficas como la crónica, los anales y la hagiografía. Al contrario y en su acentuación hacia lo narrativo, la biografía estrecha lazos con la novela, especialmente con la novela biográfica, que tematiza ficcionalmente una vida particular (*La vida exagerada de Martín Romaña* de Bryce Echenique), y con la novela de aprendizaje o *bildungsroman*, que narra la educación y formación de la personalidad de un individuo desde la juventud a la madurez (*El árbol de la ciencia* de Pío Baroja), pero asimismo con la novela río, la novela histórica y la biografía ficticia a la que ahora aludiré.

Del mismo modo que la autobiografía mantiene una especial vinculación con otros géneros situados en la órbita enunciativa y temática del *yo mismo* y el *mí mismo* como las memorias, la confesión, el diario o el autorretrato, la biografía la establece con las modalidades más sintéticas y descriptivas del retrato (*Espanoles de tres mundos* de Juan Ramón Jiménez) y la semblanza (*Generaciones y semblanzas* de Pérez de

Guzmán), así como con otras fórmulas contemporáneas derivadas de la biografía como las historias de vida, las microhistorias o los biografemas a los que me refiero al final de este artículo.

Conviene también mencionar aquí la posible existencia de dos fórmulas conectadas con el género biográfico, raras —pero no inexistentes— e inversas entre sí: la primera porque falsea la naturaleza de la biografía al proponerse como tal sin serlo; la segunda porque, siendo biografía, oculta su carácter. Se trata, de un lado, de la que cabe denominar “biografía ficticia” o apócrifa, un ensayo verosímil pero falso sobre un “sujeto biográfico” inexistente, sin correspondencia con ningún modelo físico real: el ejemplo más conocido en la tradición hispánica es la obra de Max Aub *Josep Torres Campalans* (1958), sobre el supuesto pintor cubista establecido en San Cristóbal de las Casas, nombre que luego adoptó además su inventor como heterónimo en alguna otra obra (las ilustraciones de naipes en *Juego de cartas*, 1964). Cabe hablar, de otro lado, de “biografía oculta” o simulada cuando, por cualquier motivo, bien se camufla bien se falsea la naturaleza del género mediante menciones paratextuales —normalmente título o subtítulo— falsas o equívocas: así ocurre con *Autobiografía del general Franco* (1992) de Vázquez Montalbán, una novela biográfica crítica, pese a su denominación, en que alternan en el relato sobre la vida del general el discurso de respuesta y contrario del supuesto biógrafo y el apócrifo y oficialista del también supuesto Franco.

En cuanto a la historia del género, hay que comenzar diciendo que, si bien el término concreto de *biografía* —como designación especializada y en su doble forma culta e inglesa (*Biographia/Biography*)— no aparece hasta bien entrado el siglo XVII, en concreto con la edición en 1683 por el dramaturgo y crítico inglés John Dryden de las *Vidas de Plutarco* [*Plutarchs Lives. Translated From the Greek by Several Hands*, donde define el género como “historia de vidas de hombres particulares”], el cultivo de esta modalidad en su sentido más reciente suele fijarse un siglo después, a finales del XVIII, justamente con la publicación en 1791 de *The Life of Samuel Johnson*, del escocés James Boswell, obra que todavía sigue considerándose por la crítica inglesa como uno de los mejores modelos del

biografía

género —si no el supremo— y la transición desde la biografía panegirista hacia el estudio detallado moderno de la vida de una persona destacada.

Con respecto a la evolución histórica de la biografía, Marc Fumaroli (1987: 3) distingue dos épocas fundamentales: la de las “vidas”, que llega hasta el siglo XVII, y la de las “biografías”, que surgen con la ruptura moderna. Daniel Madelénat (1984: 34) diferencia tres grandes y sucesivos paradigmas: la biografía clásica, que llega hasta el siglo XVIII, la romántica, que alcanza desde entonces hasta mediados del XIX y aporta una nueva necesidad de intimidad y conocimiento de la vida familiar; y la moderna, más radicada en la historia y más enriquecida por las lecturas, la sociología y el psicoanálisis. François Dosse (2007: 123, 195 y 229) en cambio, plantea la existencia de tres grandes modelos constructivos sociohistóricamente determinados: la biografía de la edad heroica, desde la antigüedad hasta la época moderna, tiene como función social la identificación en su pretensión de proponer ejemplos y moralidades para generaciones futuras; la biografía modal, propone alcanzar el tipo ideal a través de un relato de vida particular y representativo, lo singular entra en lo general y el individuo tiene valor como ejemplo de un colectivo; finalmente, la biografía de la edad hermenéutica, la más contemporánea, se centra en la reflexividad y acepta la subjetivación, bien en tanto que aproximación al otro como alguien a la par diferente y a la par *alter ego*, bien considerándolo como un ser diverso atravesado por multitud de adscripciones y códigos conformadores de su identidad plural.

En cualquier caso, al hablar de los albores de la biografía, sin duda cabe citar como antecedentes rudimentarios los relatos encomiásticos de hechos destacados de la vida de los difuntos aparecidos en estelas o estatuas egipcias e incluso los mismos *Evangelios* que fomentan la admiración hacia las enseñanzas del maestro; en la misma línea estarían los epitafios tanto griegos como latinos que, como los *Elogios de Escipiones*, del siglo II a.C., listaron minuciosamente los méritos y hazañas de los difuntos en 9 inscripciones grabadas en el mausoleo en Roma de esta familia, de origen patricio y perteneciente a la *gens* Cornelia.

Hay común acuerdo en que, como ya había anticipado, la biografía surge en Grecia en el siglo V antes de Cristo, de modo paralelo pero diferenciado de la historia. La biografía griega se organiza, según Picón

(2009: 71), en tres grandes líneas: la encomiástica, en relatos que, como el *Evágoras* de Isócrates y el *Agesilao* de Jenofonte, autor también de los *Memorabilia* o *Recuerdos de Sócrates* [*Απομνημονεύματα*], elogian a los héroes o individuos destacados muertos o vivos; la peripatética, que vincula en una secuencia cronológica carácter y hazañas (*ethos-praxeis*); y la alejandrina, que une al planteamiento cronológico el tratamiento descriptivo del carácter del personaje, pero centrándose solo en vidas de escritores, poetas o filósofos.

En el ámbito romano, resaltan algunas obras que siguen ese mismo primer modelo narrativo del *encomium* de la *virtus*, relatos justificativos de los hechos y valores, de las virtudes, de militares y políticos que a veces realizaban ellos mismos o sus descendientes y en ocasiones especialistas en panegíricos. Es el caso de *De viris illustribus*, del siglo I a.C., de Cornelio Nepote, del que solo se conserva el tercero —*De excellentibus ducibus exterarum gentium*, dedicado a generales no romanos— de sus al menos 16 libros y cuyas biografías (Aníbal, Milcíades, Epaminondas, etc.) se alinean claramente en el modelo de la *laudatio* clásica. También destacan, ya en el siglo II d.C., los relatos biográficos sobre Terencio, Horacio y Lucano y las más famosas *Vitae Caesarum* de Gayo Suetonio, que hace preceder la biografía de Julio César a la de otros once emperadores romanos y asocia la historia colectiva a la anécdota individual, así como el *Agrícola* [*De vita et moribus Iulii Agricolae*] de Tácito, escrita unos cincuenta años después de la muerte del general romano, suegro suyo, y que en el tono encomiástico de su primera parte más biográfica se acerca mucho al esquema de la *laudatio funebris* romana, precisamente uno de los fundamentos discursivos de estas biografías clásicas.

La *laudatio*, reservada a personas eminentes y realizada con finalidad celebrativa por sus familiares o discípulos tras el deceso, constituía una exaltación de los hechos y cualidades del difunto organizada según una estructura general, variable y reorganizada según los casos, pero siempre vinculada al esquema cronológico *antes (origen) / durante (vida) / después (fama)*: recuerdo inicial de los antepasados y familia del finado, posterior repaso de la formación, hazañas y méritos principales de su vida pública y privada y elogio final de “las virtudes por las cuales merecía perpetuarse en la memoria de sus conciudadanos” (May, 1979). Picón (2009: 75) plantea

la disposición concreta de esta estructura en la ya mencionada *Vida de Epaminondas* de Cornelio Nepote, que propone un verdadero “código biográfico” vinculando cuatro epígrafes (*primum, deinde, tum, postremo*) con cuatro *species* o temas (*genus, educatio, mores, res gestae*) e incide en los dos últimos campos en los tópicos de la *digna memoria/memoratu* y *vita publica/vita privata*.

Pero el surgimiento de un modelo arquetípico del género biográfico en el mundo clásico de mayor cercanía al sentido actual del término se debe ante todo a Plutarco de Queronea, que escribió en griego, ya en el siglo II d.C., *Vidas paralelas* [Βίοι Παράλληλοι], biografías duales que comparaban diversas personalidades griegas y romanas (Teseo/Rómulo, Demóstenes/Cicerón, Epaminondas/Escipión, Alejandro/Julio César) con la finalidad moral de trasladar al público las peculiares condiciones caracterológicas y actuaciones vitales de esos grandes hombres. Ramón (2009: 49-50) plantea cómo Plutarco integra armónicamente en la arquitectura de cada *bios* tres ejercicios del discurso epidíctico: el *enkômion*, cuyos tópicos prosopográficos sostienen el armazón morfológico de la biografía; la *chreia* o declaración o acción breve atribuida a un personaje, con función de caracterización actoral y localizada bien parcialmente, en el inicio, bien totalmente, a lo largo de toda la biografía; la *synkrisis*, o conclusión comparativa directa, moralizante y expresa, de los atributos de ambos personajes —griego y romano— contrastados.

Precisamente con respecto a la biografía en todo el mundo clásico, dentro de su trabajo sobre el cronotopo, Bajtín elabora una doble distinción. Por una parte, distingue entre las biografías *platonianas*, en las que el tiempo biográfico se vincula al modelo de la metamorfosis mítica como profundización en el conocimiento, y las *retóricas*, basadas en el encomio o en el elogio fúnebre y en las que adquieren la misma trascendencia las coordenadas espaciotemporales de la vida representada y el tiempo-espacio público, en la medida en que encomio y elogio son actos de este tipo. Por otro lado aunque en el mismo estudio, diferencia entre las biografías *energéticas*, influidas por la filosofía aristotélica y cuyo modelo es Plutarco (*Vidas paralelas*), y las *analíticas*, cuyo patrón se encontraría en Suetonio (*Vidas de Césares*): en aquellas, se retrata la vida del personaje mediante distintos medios que revelan su singularidad y se plantea en un tiempo biográfico

completo vinculado a los acontecimientos históricos; en cambio, en estas se distribuye el recorrido vital en diferentes apartados temáticos en correspondencia con distintos momentos de vida no necesariamente sucesivos (Bajtín, 1975: 282-298).

La Edad Media ofrece dos grandes líneas de relatos biográficos, ambas en general idealizadas y en respectiva correspondencia con los dos estamentos medievales privilegiados existentes —nobleza y clero—: la primera, que tiene carácter historiográfico y adopta usualmente las formas de las semblanzas o crónicas, muestra un carácter más laudatorio y un tema político, pues tematiza las vidas de emperadores, reyes o nobles; la segunda, la hagiografía, de temática religiosa y fin más moralizante, se centra en las vidas de santos.

Entre las obras europeas más destacadas de esta primera tendencia, entre las que cabría incluir las diversas *Vidas* de trovadores provenzales, se encuentra en el siglo IX la *Vita Caroli* de Enhardt, hecha a la manera de Suetonio pero sobre Carlomagno, o, a principios del siglo X, *The Life of King Alfred* del monje galés John Asser; del siglo XII es el *Livre des saintes paroles et des bons faits de saint Louis* de Joinville, sobre la transformación en santo de Luis IX, y ya del XV las *Mémoires sur la vie de Louis XI* de Philippe de Commines. En España y en el siglo XIV, ya más objetivas y documentadas, sobresalen las *Crónicas de los Reyes de Castilla* del Canciller López de Ayala, sobre los reinados de Pedro I —la más célebre—, Enrique II, Juan I y Enrique III.

Más característicos aún de la etapa medieval resultan los relatos hagiográficos, comúnmente escritos en latín en Europa Occidental sobre todo en los primeros siglos, de carácter idealizado y que resaltan los aspectos ejemplares o admirables (Garrido, 1984: 312) con pretensiones formativas, didácticas y ejemplificadoras. El más antiguo, de mediados del siglo III, es la *Vita Cypriani* de Poncio de Cartago, pero será la *Vita Antonii* de San Atanasio, escrita a petición de los monjes a mediados del siglo siguiente, la que tenga una enorme fama y funde toda una amplia tendencia de vidas de santos (y abades, obispos, mártires, ermitaños, cautivos, etc.) en las que lo humano y lo divino, el testimonio y la leyenda, lo sobrenatural y lo natural, la biografía y el tratado espiritual, se coaptan narrativamente:

así, las obras del siglo IV *De vita Moysis* de San Gregorio, *Vita Martini* (San Martín de Tours) de Sulpicio Severo y, sobre todo, los tres relatos de San Jerónimo sobre el eremita Pablo, San Malco y San Hilarión [*Vita Pauli eremitaie*, *Vita Malchi monachi captivi* y *Vita Hilarionis monachi*], acaso ya de comienzos de la siguiente centuria, son algunos resaltables ejemplos.

A partir de estos modelos las narraciones hagiográficas se extendieron por toda Europa y durante toda la era medieval: en Rusia y en el siglo XI el príncipe Sviatoslav recopiló las leyendas, vidas y homilías, tradicionales y de diversos autores, denominadas *Izborniki*, en cierta medida anticipando el enorme éxito a mediados del siglo XIII de la recopilación de hagiografías del beato Jacobo della Voragine *Leyenda dorada* [*Legenda aurea*]; en Inglaterra, Adomnán hizo la *Vita Columbae* a finales del siglo VII, Bede escribió dos versiones, una en prosa y otra en verso, de la vida de Saint Cuthbert a principios de la siguiente centuria y Eadmer realizó la *Vita et conversatione Anselmi* en el siglo XII; en Alemania y en el siglo XIV, el místico Heinrich Seuse firmó su *Der Seuse* or *Vita*, centrada sobre todo en su mundo interior, revisando más que nada los escritos contemporáneos de la monja y discípula suya Elsbeth Stagel; en España hay que citar principalmente las tres obras hagiográficas de Gonzalo de Berceo de mediados del siglo XIII, la *Estoria del sennor San Millán*, la *Vida de Sancta Oria, virgen* y *La vida del glorioso confesor Santo Domingo de Silos*.

El antropocentrismo humanista hace girar y modernizarse a la biografía, en cierto modo en el modelo de Plutarco, al centrarse en el individuo y buscar mayor objetividad y apoyo documental. Petrarca y Boccaccio contribuyen profundamente a este cambio en la segunda mitad del siglo XIV: el primero con su *De viris illustribus*, obra póstuma (1379) arquitectualmente alineada en la tradición de las homotituladas de Suetonio, San Jerónimo, Genadio o San Isidoro y las italianas casi contemporáneas de Colonna y Pastrengo (Ruiz Arzálluz, 2009: 155-163); el segundo con su *De casibus virorum illustrium* y *De claris mulieribus*, y sobre todo son su famosa *Vida de Dante* [*Trattatello in laude di Dante*], dignificando, ya en italiano, la vida de otro escritor —y político—. En cierta medida, en el siglo XV español, siguen este giro y el modelo plutarquista los retratos de *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán, tercera parte original de su *Mar de historias* cuyas dos primeras

se basan en el *Mare historiarum* de Juan de Columna, y sobre todo *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar, basada mucho en la obra de Guzmán, que contiene 24 retratos de destacadas figuras de la Corte como los mismos reyes, los Marqueses de Villena o de Santillana o el maestre Rodrigo Manrique; cabe citar asimismo *El Victorial (Crónica de don Pedro Niño)* de Gutierre Díez de Games y las *Crónica de don Álvaro de Luna* y *Crónica del Condestable Iranzo*, atribuidas respectivamente a Gonzalo Chacón y a Pedro de Escavias.

El interés por la biografía en esos mismos parámetros menos estamentalizados y más individualizados se acentúa en el Renacimiento. De 1520 es la *Vita di Castuccio Castracani* de Maquiavelo y de mediados del XVI son la monumental obra de Giovanni Vassari *Le vite di più eccellenti pittori, scultori ed architetti* así como las dos de Paulo Jovio respectivamente sobre escritores y personalidades del momento, *Elogia virorum litteris illustrium* y *Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*; ya de principios del XVII es la recopilación de biografías de mujeres escrita en italiano por el fraile español Pedro Pablo de Ribera, *Le Glorie inmortalì de Trionfì ed eroiche impresse d'ottocento quaranta cinque Donne illustri, antiche è moderne...* En Alemania y con la Reforma aparecen unas formas específicas de biografías, los *Tischreden*, muchos de ellos protagonizados por Martín Lutero, como en la obra de la misma época de Johannes Aurifaber *Tischreden oder Colloquia Doct. Martini Luthers*. En Francia pueden citarse las *Vies des hommes illustres et grands capitaines français* y las famosas *Vies des dames galantes* de Brancôme, así como las recopilaciones biográficas de fin de siglo *Éloges d'hommes célèbres* de Scévole de Sainte-Marthe. En Inglaterra sobresalen *History of King Richard III* del cardenal Morton, relato reescrito asimismo luego por Tomás Moro, como también *Life of John Picus, Earl of Mirandola*, aparte de la obra de William Roper sobre este personaje, *The Life of Sir Thomas More*, y de *Life of Cardinal Wolsey* de Cavendish, ambas publicadas un siglo después; asimismo apareció en 1622, aunque es de la época isabelina, la *History of the Reign of King Henry VII* de Francis Bacon, también autor de *The Beginning of the History of Reign of King Henry VIII*.

biografía

En España y en esta misma línea de la historiografía narrativa de reyes y reinados hay que citar la *Crónica de los Reyes Católicos* de Alonso de Santa Cruz, la *Crónica del emperador Carlos V* de Pedro Girón —hay también una versión burlesca sobre personajes de su corte, *Coronica historia* de Francesillo de Zúñiga—, la *Historia Imperial y Cesárea* de Pedro Mexía, la anónima *Crónica manuscrita del Gran Capitán* y *A las honras de nuestro señor Rey Felipe Segundo* de fray Alonso de Cabrera. Un tipo especial lo representan los relatos que contienen importantes aportaciones biográficas sobre figuras de la conquista realizados por los cronistas de Indias: *La vida y hechos del Almirante Cristóbal Colón* de su hijo Hernando, la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara o la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, ambas girando en torno a Cortés, así como la *Verdadera relación de la conquista de Perú* de Cieza de León, secretario de Pizarro, e incluso los mismos *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Más atenuadas al género son las *Elegías de varones ilustres de Indias*, que escribió Juan de Castellanos en octavas reales en 1589 y, ya del siglo XVII, de 1639 en concreto, las biografías de conquistadores de Fernando Pizarro y Orellana tituladas *Varones ilustres del Nuevo Mundo*; en ese siglo también se cultiva la historia hagiográfica y eclesiástica, destacando la *Vida de San Ignacio de Loyola* (1646) y *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* (1647) de Juan Eusebio Nieremberg.

El siglo XVII mantiene incluso tanto la tradición de las biografías religiosas y reales (*Acta sanctorum* o *The Beginning of the History of Reign of King Henry VIII* de Francis Bacon) pero acentúa la biografía de personalidades ilustres, como *Lives* (de Donne, Wotton, Hooker, Herbert y Sanderson) de Izaak Walton y sobre todo las celebérrimas *Brief Lives* (“minutes of lives”) de John Aubrey o, en España, las *Historias y Leyendas* de Cristóbal Lozano (Pedro el Cruel, los Infantes de Lara...), basadas en la *Historia del Padre Mariana* y de gran influencia hasta el Romanticismo. Algunas otras biografías, como *Vie de Blas Pascal* de G. Pascal o *Vie de Descartes* de A. Baillet siguen empleando el esquema de la *laudatio* latina; fueron muy famosas, circulando en manuscrito desde mediados del XVII hasta su publicación casi un siglo después, las *Historiettes* de Gédéon Tallemant des Réaux, cortas y despiadadas semblanzas de sobre todo escritores franceses. Recordemos asimismo la aparición a finales de siglo de la ya mencionada traducción al inglés de las *Vidas paralelas* de

Plutarco, con una semblanza biográfica inicial del autor a cargo del propio Dryden.

La centuria dieciochesca supone fundamentalmente la aparición de la biografía moderna como retrato vital de una personalidad objetivo y riguroso, completo y honrado, pero también, como indica Madelénat (1984: 145), la apertura en el cultivo de la misma de los dos grandes caminos distintos —novela y ensayo crítico— hacia los que puede y tiende inevitablemente a orillarse el género biográfico. A esta centuria pertenecen *The Lives of the Norths* de Roger North, *Life of Gray* de William Mason y sobre todo las dos obras fundamentales de la constitución de la biografía actual: *Lives of the Poets* (1779-81) de Samuel Johnson y justamente *The Life of Samuel Johnson* (1791) de James Boswell. No obstante, sobrevive la biografía real (*Histoire de Charles XII* de Voltaire) y de personalidades (precisamente la *Vie de Voltaire* de Condorcet) y aparecen los elogios, herederos de la hagiografía y la *laudatio* en cierta medida (*Les hommes illustres qui ont paru en France...* de Perrault, *Eloges des académiciens* de Fontanelle, *Vidas de españoles célebres* de Manuel José Quintana, editada en 1827), así como la biografía novelada (*Mémoires de la vie du Comte de Grammont, contenant...* de Anthony Hamilton en 1713).

El siglo XIX supone el afianzamiento —cualitativo y cuantitativo— de la biografía como género, del mismo modo que el XX, sobre todo en su segunda mitad, se caracteriza por lanzarla hacia el éxito popular mediante la industria editorial. Entre las numerosas biografías del XIX cabe citar *Gespräche mit Goethe* de 1834 de Johann Peter Eckermann, *Biografia degli Italiani illustri* de Emilio de Tipaldo, *Vie de Fourier* (1839) de Charles Pellerin, *The Life of Washington* (1855-59) de Washington Irving, *Life of Nelson* (1813) de Robert Southey, *Life of Sir Walter Scott* (1838) de John G. Lockhart, *Past and Present* (1843) —retrato de Abbot Samson— de Thomas Carlyle, acaso el más conocido biógrafo inglés del XIX, *The Life of Charlotte Brontë* de Elizabeth Gaskell, *Life of John Milton* (1859) de David Masson, *Life of William Blake, "pictor ignotus"* (1863) de Alexander Gilchrist y *Rousseau* (1876) de John Morley. Particular interés tiene la *Vie de Jésus* (1863) de Ernest Renan que pretende reinterpretar la trayectoria biográfica de Cristo y los Evangelios desde una perspectiva humana.

biografía

Un fenómeno especial de esa centuria es el de la proliferación de los diccionarios biográficos, ya iniciados con la *Biographia Britannica* — primera edición de William Oldys (1747-66) y segunda, alcanzando hasta la *F*, de Andrew Kippis (1778-1793)—: es el caso de los 85 volúmenes, entre 1811 y 1865, de la *Biographie universelle, ancienne et moderne* dirigida por Michaud; el *Allgemeine Deutsche Biographie* comenzó su publicación en 1875; el *Oxford Dictionary of National Biography* inglés, fundado tres años antes por George Smith, inició su andadura en 1885; el *Dizionario Biografico degli Italiani* nació en 1925; en España está en marcha un reciente proyecto de la Real Academia de la Historia para elaborar un *Diccionario Biográfico Español*, si bien aún no se han presentado resultados concretos. En cierta forma, son apéndices complementarios de esta idea e influencia de la especialización positivista los “repertorios biográficos sectoriales o temáticos”, que proliferaron en este siglo XIX en las distintas culturas y lenguas: tan solo en España, pueden citarse a Florencio Janer como biógrafo de reyes, Jerónimo Bécker de los políticos, Cipriano Muñoz de los filólogos, Manuel Juan Diana de los militares, Manuel Serrano Sanz de las escritoras o Anastasio Chinchilla de la medicina; sobresalen los 30 tomos de la *Biografía eclesiástica completa* que dirigió entre 1848 y 1868 Basilio Castellanos de Losada y también, sin duda y en cierto modo, los 3 volúmenes de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82) de Marcelino Menéndez Pelayo.

Según Hamilton (2008: 18), los comienzos del siglo XX aportaron dos libros fundamentales que cambiaron la orientación generalmente encomiástica de la biografía: *Father and son* (1907) de Edmund Gosse, que dibujaba a su padre como un tirano religioso y *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* [*Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*] (1910) de Sigmund Freud que revelaba como homosexual al gran artista renacentista. En la primera mitad de la pasada centuria y en Inglaterra, fue particularmente famosa *Eminent Victorians* (1918) de Lytton Strachey, miembro del grupo de Bloomsbury, que deconstruyó distanciadamente y ácidamente la reputación de cuatro personalidades de esa época; otras obras destacadas fueron los trabajos de Harold Nicolson sobre *Tennyson* (1923) o *Lord Carnock* (1930) y de Hesketh Pearson en torno a *Hazlitt* (1934) y *Oscar Wilde* (1946). En Francia pueden citarse las figuras de Romain Rolland, Anatole France y sobre todo de André Maurois, autor de *Ariel, ou la vie de Shelley* (1923), *Byron* (1930) y *Olympio, ou la vie de Victor Hugo*

(1953). En Alemania tuvieron amplio éxito las biografías de Emil Ludwig sobre *Goethe* (1920) y *Kaiser Wilhelm* (1925) y en Italia sobresalen los trabajos de Pasquale Villari *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi* y *La storia di Girolamo Savonarola e dei suoi tempi*. En España cabe resaltar *Vida y obra de Ángel Ganivet* (1925) de Melchor Fernández Almagro, *Goya* (1928) de Ramón Gómez de la Serna, *El Conde-Duque de Olivares* (1936) y *Antonio Pérez* (1947) de Gregorio Marañón, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (1940) y *Bolívar* (1951) de Salvador de Madariaga o *Velázquez* (1959) de José Ortega y Gasset.

La segunda mitad del siglo XX, con el desarrollo de la industria editorial, la internacionalización de contenidos culturales, la expansión geográfica, técnica y cuantitativa de los medios de comunicación y la generalización de la educación y la proliferación de estudios literarios y científicos, supone no solo el afianzamiento sino la promoción de la biografía y su mayor producción y circulación, tanto social como intercultural e internacional: la tendencia al rigor y a la objetividad así como el apoyo creciente en fuentes documentales y estudios son una característica general —con excepciones notorias y notables— de la trayectoria de la biografía en la segunda mitad del siglo XX, marcada por ese giro general hacia la subjetivización como aceptación de la diferencia y alteridad ajena o como consideración de la identidad como pluralidad: algunos ejemplos extremos de este cambio de paradigma de la biografía en la edad de la hermenéutica citados por Dosse (2007: 229-361) son la trilogía existencialista inacabada de Sartre sobre Flaubert *L'idiote de la famille*, los relatos o historias de vida puestos de moda por la historia de los proletarios mexicanos *The Children of Sanchez* del antropólogo Oscar Lewis, las *microhistorias* o estudios de casos individuales en situaciones límites, la reconstrucción histórica deconstructiva y constructiva de personalidades como el *Saint Louis* de Jacques Le Goff, la biografía de individuos desconocidos y comunes (*Pinagot* de Alain Corbin), los detalles vitales altamente reveladores sobre los individuos que Barthes llamó *biografemas* en su *Sade, Fourier, Loyola* (1971), la reelaboración de la biografía política (*Jacques Chirac et le gaullisme* de Annie Collovald), la psicohistoria y la biografía psicoanalítica derivada de la ya fundada por Freud (Bonaparte y la psicobiografía, Mauron y la *psicocrítica*), la revitalización de la biografía en la sociología comprensiva con la noción de

Erlebnis de Wilhelm Dilthey sobre la posibilidad de revivir la experiencia histórica, etc.

El siglo XX, y particularmente su segunda mitad, ha conocido asimismo un fenómeno radicalmente nuevo: el paso de la biografía, un género siempre culto —pese a su popularidad y éxito de consumo— y ligado primordialmente a la escritura y al papel, a otras artes visuales y medios de comunicación, fundamentalmente al cine y la televisión, y resulta muy gratificante que una historia del género como la de Hamilton (2007) —a la que remito— dedique un amplio espacio a esta cuestión.

Frente a lo ocurrido entre novela y cine, no se trata en este caso tanto de recorridos interartísticos y transmodalizaciones o adaptaciones como de construcciones narrativas propias —aunque el guion pueda y suele apoyarse documentalmente en biografías escritas— en códigos cinematográficos propios. Si el cine de los primeros años, con la gran excepción de *Napoléon vu par Abel Gance* (1927) no cultiva demasiado la modalidad biográfica, e incluso en ciertos países como Rusia o Alemania huye ideológicamente y por motivos sociopolíticos de la tematización de la historia individual, en Estados Unidos, a partir de los años treinta, no solo sufre un resurgimiento sino que, según Custen (1992), prácticamente los 284 *biopics* [*biographical pictures*] que se produjeron en Hollywood entre 1927 y 1960 por los grandes estudios (Cleopatra, Jesucristo, Napoleón, Lincoln, etc.) no solo construyeron la historia pública de tales seres sino que prácticamente todas pasaron por órganos de censura más que de supervisión: su tesis plantea en concreto cómo tales películas hicieron desaparecer episodios históricos de vidas individuales seleccionadas para ofrecer una casi monocromática visión del mundo sobre la historia de Hollywood y cómo produjeron un esquema narrativo selectivo en su atención a las profesiones, diferenciado en el papel asignado al género y limitado en sus construcciones históricas (Custen, 1992: 3). Bingham (2010) proyecta las mismas tesis al análisis del cine más reciente, considerando por ejemplo cómo funcionan determinadas estrategias narrativas de apropiación por el sistema de relevantes figuras que lo rechazaron (*Malcolm X* de Spike Lee, 1992; *Lumumba* de Raoul Peck, 2000).

A la posibilidad de emisión en formato específico de todos estos filmes para llegar aún a un público más amplio, la televisión ha sumado dos hechos específicos y propios más: de un lado, la emisión de biografías divididas en distintos seriales y entregas televisivas; de otro, la realización de series biográficas sobre distintos personajes (políticos, militares, artistas, científicos, etc.): todo ello llegó a cristalizar incluso en un canal temático por cable, *Biography Channel* (Hamilton, 2007: 259).

Hay que añadir, además y finalmente, el paso de la biografía al ámbito del hiperespacio electrónico y el hipermedia, ya que el último gran fenómeno comunicativo que caracteriza el final de la centuria pasada y los inicios de este siglo XXI es, desde el punto de vista de los grandes modos de información y comunicación dominantes —oralidad, escritura, hipertexto (Poster, 1990)—, la conversión de internet no solo en el gran medio de comunicación e interacción social sino en el mayor depósito e instrumento de acceso a contenidos culturales (y no culturales) de toda índole, en la “gran semiosfera global”: en el hiperespacio electrónico conviven ahora muchos de los libros de biografías antes citados pero digitalizados en bibliotecas o sueltos, aparecen artículos biográficos en la Wikipedia y otras enciclopedias de la red, alternan —también electrónicamente— las biografías de carácter ensayístico y científico con las biografías más historiográficas y tradicionales y las biografías noveladas con las novelas biográficas, surgen los nuevos y más o menos especializados repertorios biográficos electrónicos (como, en español, *buscabiografias*, *biografiasyvidas*, *vidasdefuego*)...

Aparte de su cultivo como género autónomo, el auge e importancia de la biografía se ha mostrado asimismo, como ya se ha visto, en su empleo como método de investigación y estudio de diferentes ciencias humanas y sociales —historia, antropología, sociología, etc.— Así ha ocurrido, también y particularmente, en diversos estudios literarios centrados en la relación vida/obra del autor, un vínculo tan estrecho y fructífero, tan permanente y utilizado que, en determinados casos, ha terminado por contaminar o confundir ambos términos de la relación, hasta tal punto que “la narración de la vida se presenta como explicación de la obra”, lo que ha hecho a Antoine Compagnon acuñar el término sincopado de “viobra” [*vieuvre*] para explicar esta fusión (*cfr.* Dosse, 2007: 80), tan recurrente y rentable en el propio

ejercicio de la escritura literaria —Dosse pone el ejemplo de la biografía de Zweig *Balzac. Le roman de sa vie*— como en el de la historia y crítica literarias, donde fundamentalmente se plantea en las dos grandes líneas críticas a las que a continuación me referiré de modo obligadamente breve: la crítica biográfica y la psicobiografía.

No tanto por influencia del positivismo como del comienzo del desarrollo de las ciencias sociales y humanas, específicamente de la historia literaria, y en el interregno histórico y teórico entre el romanticismo y el positivismo, apareció y floreció a mediados del siglo XIX —aunque se extendió por todo el siglo—, la *crítica biográfica*, que tuvo como máximo exponente en Francia a Charles Sainte-Beuve. Este literato y sobre todo crítico, autor de obras como *Port-Royal* (1840-59, 5 vols.) o *Chateaubriand et son groupe littéraire* (1860, 2 vols.), así como de críticas literarias en series periodísticas como *Portraits littéraires et contemporains*, *Causeries du lundi* y *Nouveaux lundis*, basaba su método en buscar las explicaciones de las obras literarias en los aspectos biográficos y caracterológicos de sus autores, entre los cuales cabe inducir una tipología psicológica que denomina “familias del espíritu” y cuya relación con sus creaciones literarias es productivamente tan estrecha que cabe representarlas con el refrán “de tal palo, tal astilla” (cfr. Wellek, 1972: 63). Contra este método reaccionó a principios de la siguiente centuria Marcel Proust en su conocido *Contre Sainte-Beuve*, acusando al crítico francés de, entre otras cosas, haber leído y dar malamente a conocer a Stendhal, Balzac o Baudelaire.

La *psicobiografía*, en cambio, concibe tal relación desde un modelo teórico distinto, el psicoanálisis, que establece como objeto epistemológico el sujeto y que, desde distintos planteamientos teóricos (Freud, Jung, Lacan, etc.) y en diferentes líneas críticas (psicobiografía, psicocrítica, psicolectura, etc.), bien estudia directamente al hombre para encontrar sus huellas en el texto, bien examina primeramente este para advertir los mecanismos del inconsciente del creador o sus efectos en el lector. Como la misma psicocrítica y antes que por Charles Mauron (los estudios sobre la *Gradiva* de Jensen, sobre los cuentos de E.T.A. Hoffmann, etc.), la psicobiografía fue inaugurada por Freud en trabajos como el ya citado estudio sobre Leonardo da Vinci (1910) y sobre todo *Dostoievski y el parricidio* (1928), donde distingue cuatro facetas de la personalidad del escritor ruso —poeta,

neurótico, moralista y pecador—, destacando en su aspecto neurótico su "yo" masoquista, ligado a una homosexualidad reprimida y al padre violento y cruel, y su sentimiento de culpabilidad por el deseo reprimido de "matar al padre", que se manifiesta en la muerte del padre en *Los hermanos Karamazov* o en la misma epilepsia "afectiva" del escritor ruso (probablemente iniciada tras el trauma del asesinato violento del padre de Dostoievski cuando este tenía 18 años). En los inicios fundacionales de esta misma línea crítica, luego frecuentemente practicada en la primera mitad del siglo XX, cabe destacar asimismo el estudio *Edgar Poe* (1933) de la discípula de Freud Marie Bonaparte, que consideraba las obras artísticas como "válvula de seguridad a una presión demasiado fuerte de los instintos rechazados" (*cfr.* Clancier, 1976: 17) y sostenía que la obsesión por la "madre muerta" se manifestaba tanto en la vida como en la obra del escritor estadounidense.

BIBLIOGRAFÍA

BAJTÍN, M. "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela" [1937-1938], en *Teoría y estética de la novela* [1975], Madrid, Taurus, 1989, pp. 237-409; BINGHAM, D. *Whose Lives are they anyway? The Biopic as Contemporary Film Genre*, Piscataway, Rutgers U.P., 1992; BOURDIEU, P. "L'illusion biographique" [1986], en *Raisons pratiques, Sur la théorie de l'action*, Paris, Seuil, 1994 (cap. 3); CABALLÉ, A. "Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos géneros", en J.C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 49-61; CLANCIER, A. *Psicoanálisis. Literatura. Crítica* [1973], Madrid, Cátedra, 1976; CUSTEN, G.F. *Bio/Pics: How Hollywood Constructed Public History*, Piscataway, Rutgers U.P., 1992; DAVIS, J.C. "Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual", en J.C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 31-47; DOSSE, F. *La apuesta biográfica. Escribir una vida* [2005], Valencia, Universitat de València, 2007; FRANK, K. "Writing Lives: Theory and Practice in Literary Biography", *Genre*, XIII (1980), pp. 499-516; FUMAROLI, M. "Des 'Vies' à la biographie: le crépuscule du Parnasse", *Diogène*, 139, jul-sept. 1987, pp. 3-30; GARRIDO GALLARDO, M.A. *Nueva introducción a la teoría de la*

literatura, Madrid, Síntesis, 1984; HAMILTON, N. *Biography: A Brief History*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007; HAMILTON, N. *How to Do Biography: A Primer*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2008; KENDALL, P.M. *The Art of Biography*, New York, Norton & Co., 1965; LEJEUNE, Ph. *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975; LEJEUNE, Ph. *Je est un autre*, Paris, Seuil, 1980; MADELÉNAT, D. *La biographie*, Paris, PUF, 1984; MAGNÉ, B. “La textualisation du biographique dans *W ou le souvenir d’enfance* de Georges Perec”, en M. Calle-Gruber y A. Rothe (eds.), *Autobiographie et biographie. Colloque de Heidelberg*, Paris, Nizet, 1989, pp. 163-184; MAY, G. *L’autobiographie*, Paris, P.U.F., 1979; PICÓN GARCÍA, V. “La biografía en Suetonio y la escritura biográfica: análisis literario de la *Vita divi Augusti* y la *Vita divi Iulii*”, en V. Jn Martínez (ed.), *Las biografías griega y latina como género literario*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 69-108; POSTER, M. *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990; RICOEUR, P. *Soi-même comme un autre*, Paris, Seuil, 1990; RAMÓN PALERM, V. “Plutarco y la biografía política en Grecia: aspectos de innovación en el género”, en V. Valcárcel Martínez (ed.), *Las biografías griega y latina como género literario*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 41-67; ROMERA CASTILLO, J. “Literatura y vida”, en E. López-Barajas Zayas (coord.), *Las historias de vida y la investigación biográfica. Fundamentos y metodología*, Madrid, UNED, 1996, pp. 77-93; RUIZ ARZÁLLUZ, I. “Petrarca y los *De viris illustribus*”, en V. Valcárcel Martínez (ed.), *Las biografías griega y latina como género literario*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 151-174; WELLEK, R. *Historia de la crítica moderna (1750-1950). Los años de transición [1965]*, vol. III, Madrid, Gredos, 1972, 1ª ed.

José VALLES CALATRAVA

Universidad de Almería